

Sonia Toledo

Indagar la forma como en Simojovel se configuró el grupo finquero que mantuvo el poder económico y político durante cien años aproximadamente –desde fines del siglo XIX hasta el año de 1980–, fue uno de los intereses centrales de este trabajo. Para ello se partió de la consideración de que las múltiples y estrechas relaciones que en toda esta historia de las fincas habían mantenido los trabajadores –mayoritariamente indígenas–, con los propietarios –mayoritariamente “mestizos” o según la denominación local “caxlanes”–, eran la clave para entender la formación del grupo en cuestión.

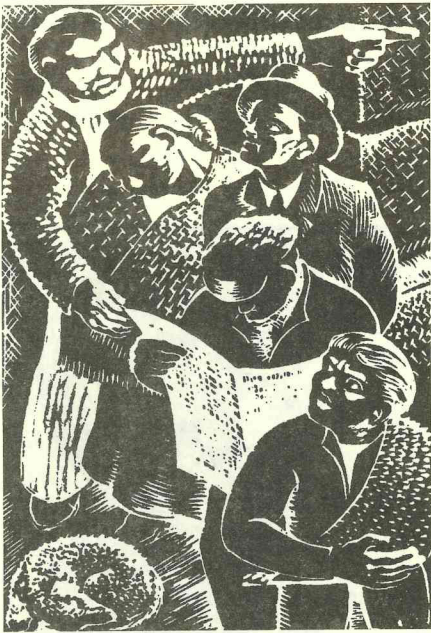
Retomando las propuestas de Pierre Bourdieu, las fincas fueron vistas como espacios configurados por redes complejas de relaciones sociales de poder, en permanente tensión y cambio. De esta forma se trató de ubicar a los principales participantes de las fincas –propietarios y trabajadores– en las posiciones que estos ocupaban, a partir de los recursos con los cuales cada uno de ellos contaba. Esta perspectiva permitió explorar las diferencias y desigualdades existentes al interior de cada uno de los grupos que generalmente aparecen como totalmente opuestos y cada uno de ellos como homogéneos; tanto los propietarios como los trabajadores conformaban grupos diversos, desiguales, cambiantes y en ocasiones con fronteras muy flexibles.

Los finqueros de Simojovel eran, casi todos, de origen local; pertenecientes a familias pobres de San Cristóbal de Las Casas y Comitán, que durante el siglo XIX emigraron hacia regiones hasta entonces pobladas casi exclusivamente por comunidades indígenas o despobladas. La leyes liberales –de Desamortización y Colonización– permitieron, por un lado, la formación de un gran número de terratenientes y de pequeños propietarios, y por el otro, contribuyeron a la consolidación de la servidumbre agraria.

Si bien las fincas predominaron como sistema en la región de Simojovel, y hasta los años ochenta del siglo XX reprodujeron relaciones sociales no típicamente capitalistas –había peones acasillados, baldíos, jornaleros agrícolas, arrendatarios, arrieros, vaqueros y sirvientes de casa–, mostraron cambios significativos a lo largo de su historia, y desde su nacimiento estuvieron vinculadas al mercado nacional e internacional. Los primeros propietarios de fincas en la región habían sido, en su mayoría, comerciantes y arrieros, y llegaron a la zona para fundar grandes fincas de tabaco, maíz y ganado, y posteriormente de café. En éstas incorporaron tanto a la población indígena originaria del lugar como a aquella que emigró a la zona norte, proveniente de comunidades de Los Altos –principalmente de San Andrés Larráinzar–, a finales del siglo XIX.

Hacia la década de los años treinta y cuarenta, como resultado de la reforma agraria cardenista, la gran mayoría de estas unidades de producción se fraccionaron para ser repartidas entre los descendientes de los primeros propietarios; asimismo, algunas de estas fracciones fueron vendidas, lo cual permitió la formación de auténticos pequeños propietarios, muchos de los cuales habían sido vaqueros o caporales de ranchos –en su mayoría hijos de los propietarios y de mujeres acasilladas o sirvientas de casa–, lo cual permitió de hecho la movilidad social, pues de trabajadores subordinados de las fincas pasaron a ser propietarios. El origen social, la tradición familiar como finquera o no, eran parte de los elementos que crearon las diferencias al interior del grupo de propietarios de ranchos. Sin embargo, este movimiento social muestra asimismo que difícilmente se puede considerar, como se suele pensar, a los grupos como binomios fijos: finqueros-mestizos, peones-indígenas.

Con el reparto agrario las fincas entraron en una fase diferente; las unidades ya no eran grandes extensiones, aunque por supuesto varias familias acaparaban importantes extensiones de tierra; tampoco la población indígena residente en la zona vivía mayoritariamente en las fincas, a pesar de que en el municipio Simojovel todavía en 1980 existían 10 ejidos frente a 520 prople-

Irwin Wenne, *La cola*, Chile.Margarita de Mena, *Carnaval*, Cuba.



Andrés Nogueira, *Fauno*, Cuba.

dades grandes, medianas y pequeñas. El predominio de las fincas, desde entonces llamadas ranchos, no sólo se debía a su gran número, sino sobre todo a la hegemonía de las relaciones sociales que giraban en torno a ellas. Ejidatarios y pequeños propietarios quedaron subordinados a la dinámica impuesta por las fincas, dependían de éstas para la producción; de los propietarios obtenían créditos a cuenta de la cosecha, para la comercialización de los productos y para sufragar gastos, como enfermedades, festividades, etcétera. Asimismo formaban parte de la fuerza de trabajo temporal que las fincas requerían. De esta forma, la mayoría de los finqueros de Simojovel no era de grandes terratenientes, pero su condición de poder en la región se sustentaba en las complejas relaciones sociales. Desde el más pequeño de los propietarios hasta el más grande, reprodujeron hasta el final de la existencia las fincas relaciones sociales que mantenía a una parte de

los trabajadores acasillada y a otra asalariada.

Finalmente, otro de los intereses de este trabajo fue tratar de explicar por qué aquí perduró durante tanto tiempo el sistema de finca, en qué se basó el poder de los finqueros y cómo éste se resquebrajó en la década de los setenta, cuando se construyó allí el movimiento agrario. Entre propietarios y trabajadores se crearon además de las relaciones de trabajo, múltiples y complicados vínculos personales, de allí que además de las relaciones de explotación económica existieran también lazos afectivos, ideas y visiones de mundo compartidas. A pesar de las diferencias sociales, lingüísticas y culturales, patronos y trabajadores construyeron una *cultura de finca*, compartida desde las desiguales posiciones ocupadas. Es decir, que las relaciones vividas en las fincas, las lógicas sobre las que éstas eran recreadas, eran asumidas como la forma natural de vivir

y pensar la vida. La autoridad del patrón, sus prácticas paternalistas, los préstamos, los castigos y el perdón, el cobro en trabajo por el uso de una pequeña parcela, la fajina, las relaciones sexuales con las mujeres acasilladas o sirvientas, el parentesco consanguíneo con varios de los peones, el compadrazgo; la obediencia y la desobediencia, la lealtad, el odio, el respeto, el afecto y el rencor hacia el patrón, eran parte de la lógica de las fincas, eran la base de su reproducción.

Por ello, otra idea central en el trabajo fue mostrar que las condiciones en las que durante 100 años vivieron por lo menos tres o cuatro generaciones de trabajadores (de explotación y opresión), no fueron la causa directa del movimiento agrario que se construyó a finales de la década de los setenta. Para que éste surgiera fueron necesarias profundas transformaciones que permitieran a los participantes del movimiento desnaturalizar las relaciones sociales de las fincas, poner en cuestión lo que durante tantos años había sido la forma natural de vivir y así poder construir un movimiento social.

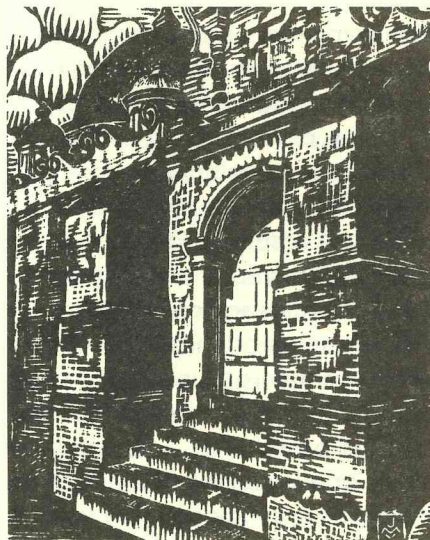
Desde finales de los sesenta y durante los años setenta, se presentaron una serie de cambios que ahora sí rompieron esa base que sustentó la reproducción de esa forma de vida en las fincas de la región. La intensificación de la ganadería sustituyó enormes cantidades de tierras de cultivo con pastizales, lo cual produjo, junto con la tecnificación de algunas unidades productoras de café, que por primera vez en forma generalizada los trabajadores permanentes fueran despedidos de las fincas. Al mismo tiempo se inició el proyecto hidroeléctrico Itzantún, que inundaría más de 11 mil hectáreas de tierras cultivables, pertenecientes a las fincas de varios municipios, pero los más afectados serían Huitiupán y Simojovel. Esto también traería como consecuencia que los peones acasillados quedarían sin un lugar donde vivir y trabajar; para los jornaleros agrícolas representó el cierre de una de las fuentes de empleo temporal. Todo ello coincidió con cambios significativos en el orden de las ideas; la presencia de iglesias protestan-



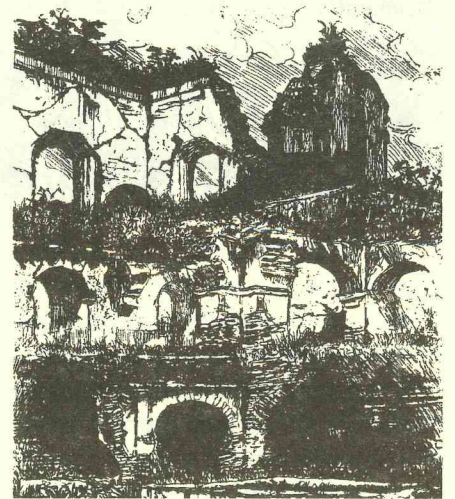
Leonardo Tejada Z., *En los Andes ecuatorianos*, Ecuador.

tes, la propagación de la Teología de la Liberación, el trabajo de agentes y organizaciones políticas de tendencias marxistas y maoístas, en fin, todos estos elementos coincidieron para que pudiera construirse un vigoroso movimiento agrario regional. Para 1983 prácticamente todas las fincas de Simojovel y Huitiupán habían sido "recuperadas" o "invadidas" —según la perspectiva desde donde se vea—. La violencia perduró durante 15 años aproximadamente, hasta que en 1984 el gobierno federal creó el Programa de Rehabilitación Agraria (PRA) para comprar los predios a los propietarios y resolver el conflicto prevalente. Aunque el programa tuvo malos manejos y generó problemas, de alguna manera contribuyó a calmar el clima de tensión. Los propietarios acaudalados abandonaron la región y fueron a residir a otras partes del estado o el país, con la posibilidad de invertir en otras tierras o negocios; el resto de los propietarios permanecieron en Simojovel, pero ahora en la cabecera municipal y de rancheros pasaron a formar parte de un creciente sector comercial. La liquidación de las fincas, sin embargo, no puso fin a muchas de las formas de relaciones, surgidas aquí, precisamente en las fincas. Hoy la mayoría de los comerciantes siguen amarrando las cosechas de los ahora campesinos, a través de los préstamos que otorgan a los que fueron sus trabajadores, muchos de ellos hijos, ahijados,

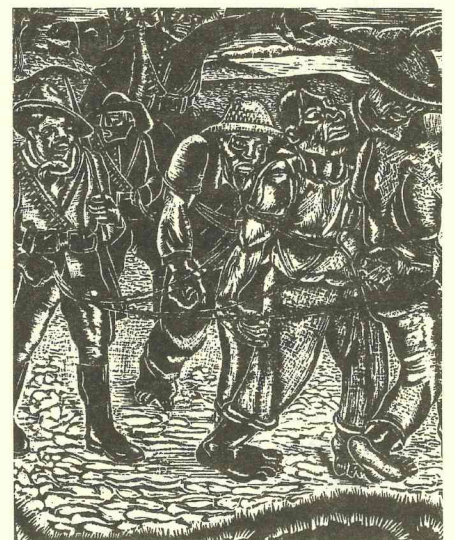
sobrinos, etcétera. Si bien una gran parte de los ex trabajadores de las fincas hoy son campesinos, otros decidieron seguir siendo leales a sus patrones y no participaron en el movimiento agrario; algunos compraron tierras, otros pidieron "entrada en algunos ejidos", pero muchos se fueron a vivir a la cabecera municipal y trabajan como empleados de los comerciantes, ya sea en sus establecimientos o como sirvientes de sus casas, otros trabajan en la economía informal y una gran parte engrosó el sector artesanal, dedicado principalmente al tallado del ámbar.



José Mejía Vides, *Iglesia colonial*, El Salvador.



Federico Guillermo Schaefer, *Restos de las ruinas de la iglesia de La Recolección de La Antigua*, Guatemala.



Galo Galecio, *Los amarrados*, Ecuador.